

**“YO DIGO QUE ESCRIBO HISTORIAS DE AMOR Y ME SALEN
UN MONTÓN DE BALAZOS”. ENTREVISTA A ALEJANDRO
PÁEZ VARELA¹**

*“I Say that I Write about Love Stories and it Turns Out a Lot of
Bullets”. Interview with Alejandro Páez Varela*

DANILO SANTOS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
dsantos@uc.cl

AINHOA VÁSQUEZ MEJÍAS
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
ainhoavasquezm@gmail.com

INGRID URGELLES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE
igurgell@uc.cl

ALEJANDRO PÁEZ VARELA es un escritor y periodista nacido en Ciudad Juárez, México. Como periodista ha sido subdirector del periódico *El Universal* y de la revista *Día Siete* y editor de los diarios *Reforma* y *El Economista*. Es autor de la “Trilogía del desencanto”, compuesta por las novelas *Corazón de kaláshnikov* (Planeta, 2009. Reedición Alfaguara, 2014), *El reino de las moscas* (Alfaguara, 2012) y *Música para perros* (Alfaguara 2013); y autor del libro de crónicas *No incluye baterías* (Cal y Arena, 2010), entre varios otros en co-autoría. Actualmente es socio fundador y Director de contenidos del diario digital *SinEmbargo MX* (www.sinembargo.com).

¹ Esta entrevista forma parte del Proyecto de Investigación Fondecyt Regular 2015 N.º 1150484 “Narcoestética: apropiaciones de un modelo cultural México-colombiano para la constitución de un nuevo formato literario y audiovisual en Chile”, cuyo investigador principal es Danilo Santos López y en el cual Ainhoa Vásquez e Ingrid Urgelles son coinvestigadoras.

VV.AA.: Alejandro, la primera sección de nuestras preguntas busca indagar en tus años de formación y tu vínculo con el periodismo, si puedes contarnos libremente...

P.V.: Yo solo tuve una duda con respecto a qué iba a hacer en la vida. Entre los cuatro y seis años quise ser el Llanero Solitario o bombero, pero el resto del tiempo no tuve duda de que sería periodista, vengo de una familia de periodistas; mi abuelo, padre y tíos fueron periodistas. Siempre supe que yo también lo iba a ser.

Se nace periodista pero también se forma periodista, muchas nuevas generaciones se van haciendo acá adentro, ellos crecen y se llevan algo de ti. Yo creo que si hay una especie de vena, la vida te pone en una situación muy específica para que aprendas, razones y narres en torno a un proyecto central, que es lo que tú vas construyendo.

VV.AA.: ¿Cómo fue tu infancia en Juárez? ¿Puedes contar cómo era el clima?

P.V.: Es muy parecido al que hay hoy. El juarense durante el siglo XX convivió con todo tipo de traficantes: el de candelilla, que es una especie de combustible; en los años de prohibición en Estados Unidos se establecieron en toda la región fábricas de *bourbon* y se cruzaba el whisky hacia EE.UU. Es una condición de la frontera, una frontera que desde hace mucho tiempo anunciaba cuál sería el futuro: todas las cosas que pasaban en Ciudad Juárez hace treinta o cuarenta años eran el futuro de América Latina y no nos dimos cuenta. Los gobiernos se dieron cuenta muchos años después que convivían ahí mismo el capitalismo brutal, el inicio de la industria maquiladora, las bandas de crimen organizado. Estaba conviviendo el comercio intenso y, al mismo tiempo, la división entre el primer y tercer mundo. Si tú te parabas en una de las zonas más ricas, el *Country Club* de El Paso, Texas, alcanzabas a ver los caseríos del otro lado, los caseríos de la miseria. No tenías que ir a Vietnam o cualquier lugar de Asia. Ahí, en tu frontera, estaba pasando el mundo que venía. Y ese es el mundo que vemos hoy en América Latina, donde las empresas se encargan de dar empleo pero no participan de la formación de la gente, de su educación, salud, de aportar para la infraestructura básica; donde crece el crimen organizado porque tiene los canales para hacerlo, porque simplemente nos dieron un tratado de comercio con el primer mundo, pero no nos dieron una cultura de primer mundo, como el respeto a los derechos humanos, por ejemplo.

Mi infancia fue en ese mundo, en un lugar de en medio, que no tiene fronteras más que las marcadas por la geopolítica. Una región donde hay mexicanos que han ido y venido durante los últimos dos siglos y han cambiado una y otra vez de nacionalidad y nadie se ha dado cuenta. Creen que con un muro lo van a parar, pero no. Es una simbiosis permanente que intercambia, lleva y trae. Ese es Juárez.

VV.AA.: ¿Crees, en ese sentido, que compartes con otros escritores una experiencia de vida que puede llegar a circunscribirlos en una generación literaria? ¿Te sientes parte de la denominada narcoliteratura, que ha surgido como movimiento luego de la Guerra contra el narco impulsada por Felipe Calderón?

P.V.: Respeto mucho a su fundador, Élmer Mendoza, es mi hermano, uno de los más grandes escritores mexicanos vivos en este momento, representa una corriente muy importante. Él me incluye en su proyecto de narcoliteratura y yo no me siento parte... yo estoy sentado aquí en medio de toda esa refriega. Y realmente nunca pensé que algunos de mis trabajos pudieran considerarse narcoliteratura, siento que es muy temprano para que los autores mismos pensemos en que existe una corriente llamada narcoliteratura. Nací en Ciudad Juárez, crecí allí y la ciudad marcó mucho de lo que soy. No hay manera de renunciar a lo que puedo narrar cuando lo que voy a narrar está contaminado de mí mismo o, dicho de otra manera, uno no escribe desde la nada, uno escribe desde lo que es y yo crecí en ese ambiente. Lo que está en mis libros es lo que me es natural, yo no tenía otra cosa respecto de la cual escribir. Yo digo que escribo historias de amor y, ya ven, me salen un montón de balazos.

VV.AA.: ¿La “Trilogía del desencanto” es una historia de amor?

P.V.: Según yo son historias de amor. Hace unos días estaba con uno de mis amigos comentando que los muertos de mi colonia, de mi generación, son muchos, familias enteras desaparecidas, entonces es imposible que pueda contar otra experiencia. Eso es lo que pasa con la literatura: ¿quién podría narrar un personaje tan oscuro como Jack El Destripador sin conocer la neblina de Londres? Arthur Conan Doyle no pensaba en un criminal, sino en una historia dramática que había sucedido allí. ¿De dónde escribo si no es desde lo que veo? Por eso renuncio a la idea de una narcoliteratura. Esos libros son mis lamentos, el momento de voltear a ver aquello estando lejos, con mi familia allá. Fue duro.

VV.AA.: Aunque has dicho que no te sientes parte de la denominada narcoliteratura ¿reconoces la existencia de una literatura que se ha gestado en el norte?

P.V.: Cuando volteábamos a ver la literatura que se hacía en el sur norteamericano, se miraba siempre hacia lo chicano y de una manera despectiva: “hacer la chicanada” quiere decir “hacer las cosas mal”. Pensábamos que había una serie de “pachucos”: sombreros, cigarro y tatuajes haciendo literatura, nunca pensamos que algo serio estaba cimentándose. Y es que cualquier escritor del norte que quería hacer algo hace unas tres décadas debía brincar hacia el centro de México o irse a la

academia norteamericana. En la Universidad de Los Ángeles, Universidad de Houston, Austin, la de Miami... se hacía la literatura del norte. Pero de alguna manera, las tragedias generan cambios dramáticos y en nuestro caso, puso el foco en la frontera. En ese intento por entender lo que allí estaba pasando, se encontraron escritores y muy buenos. Más bien, había un descuido histórico por el norte.

VV.AA.: Tú vienes del periodismo, nos cuentas que tus libros son parte de tus vivencias; ¿cómo sientes, entonces, esa profesionalización del escritor?, ¿la sientes ahora que estás en un sello tan continental como Alfaguara?

P.V.: Yo estoy experimentando y sudando, todo esto tiene mucho de mí y creo que se nota, no es un proceso fácil. Estos meses me he levantado a las cuatro de la mañana porque decidí tomar al revés el mundo: en lugar de escribir de noche, escribir por la mañana. Y Alfaguara es una gran editorial pero no importa dónde esté, yo lo estoy haciendo por disciplina, por gusto, por mí.

VV.AA.: Cuéntanos un poco de los pasajes inéditos que aparecen en la nueva edición de *Corazón de kalashnikov* (2009), publicada por Alfaguara. Esto que tú le llamas *scrap*; ¿a qué se debe que utilices ese término?, ¿qué son estos fragmentos?, ¿son ficcionales o periodísticos? Ahí se mezclan un poco los géneros.

P.V.: Hay de los dos. Casi siempre que estoy jugando con personajes hay alguno que me habla y me habla mientras escribo. Hay personajes así, hay voces que no me gustan, el tipo está demasiado gritón e histérico para esta novela donde los personajes tienen que hablar suave. Entonces, meterlo a él es como impostado. Y se queda volando en el *scrap*. Al terminar de escribir una novela quedan cerros de libros sobre mi escritorio, que sirven para consultas; después arranco páginas de los vidrios en los que apunto ideas, desmonto todo. Eso es *scrap*, los fragmentos, lo que queda allí. En el caso de la novela que mencionas tenía sentido, pues si no lo escribía, se iba a perder. *Like tears in the rain*, dirían. Pues no, que se escriba. Y en algún momento, cuando retomé esta novela, que iba a entregar a mi editor, le dije que había un montón de *scrap* y le dije “¿te lo mando?”, y él me dijo “mándalo”, y ahí está.

VV.AA.: En tu “Trilogía del desencanto” hay un juego con el misterio. Al principio uno no sabe quién es el protagonista, podemos asumir que la protagonista se encuentra, finalmente, con el padre, etc. ¿Por qué optaste por esa estructura de laberinto e historias fragmentadas? Aunque sean novelas autónomas, entre la primera y la tercera hay muchas conexiones.

P.V.: Así lo planeé, casi todas tienen un secretito que guardé en un buzón. Alguien que lo lea con detalle puede llegar a encontrar esos buzones. En los primeros siete capítulos de la primera novela, si tu sumas

los números que hay adentro, te va a dar exactamente el número del capítulo: “las cuatro veces que ella caminaba por...”. Hay muchos secretos de esos. Y son tres novelas, cada una dividida en tres. Cada una de éstas dividida en siete. En esa estructura trabajé, era una especie de flor cuando la veías por arriba, una interconexión de personajes: alguien que se atraviesa, que transita por atrás, el que aparece por casualidad en la *selfie* de alguien... Dejé deliberadamente abiertos estos espacios. Por ejemplo, Concepción Valles, hacia el final de la novela, encuentra a su primer amor, Gamaliel, y lo limpia con una media. Yo no pensé que esa era la siguiente novela. Había pensado en otro detalle, pero en ese momento me di cuenta de que era ella la que continuaría.

VV.AA.: Las tres novelas están compuestas de tres capítulos cada una. En la mayoría los títulos son nombres de mujeres, pero vemos en la última novela, *Música para perros* (2013), que hay dos capítulos que tienen nombres de hombres: “El muchacho” y “Graciano”. ¿Hay alguna explicación para ello?, ¿fue deliberado?

P.V.: Yo vengo de una familia donde las mujeres son muy poderosas. Mi mamá, aunque siempre fue muy respetuosa con mi papá, era la que decidía finalmente. Era un gobierno completamente de mujeres y Juárez es una ciudad de mujeres; un alto porcentaje en la industria de las maquiladoras es de empleadas. Los hombres están en la casa sin empleo y ellas son las que trabajan. Juárez es lo que es y se mantiene de pie por las mujeres, no por los hombres. Juárez es femenino, pese a su rudeza, sobrevive por las mujeres: ellas generan el PIB y son las que mantienen a las familias unidas, pese al contexto.

Respecto a los personajes masculinos: mi mamá dirige unos albergues para niños de la calle y un día vi ahí a “el Muchacho”. Abandonado en un lugar lleno de niños drogadictos. Generaciones completas acabadas en Juárez sin que nadie se pregunte qué pasa con ellos. A los cinco años están listos para matar. Entonces vi a ese niño llegar, no hablaba nada, porque hablaba raramuri y le daba vergüenza. Hay otros personajes en *El reino de las moscas* (2012). Mi idea era que terminarás pensando que ni el policía ni el capo eran buenos o malos. Los dos son buenos y malos, son hijos de la chingada y a la vez son sobrevivientes en el desierto, si se saca la pistola se hace y si se negocia, también.

VV.AA.: Nos comentabas anteriormente que tu idea era hacer historias de amor, ¿piensas que prevalecen las relaciones amorosas y filiales por sobre la violencia?

P.V.: Esa era mi idea pero les voy a contar una anécdota. Cuando retomé *Corazón de kaláshnikov* para Alfaguara leí el texto otra vez, me levanté bien temprano y como a las diez de la mañana estaba con un nudo en la garganta, unas ganas tremendas de llorar y dije: ¿qué

chingados escribí?, qué cosa más triste, qué barbaridad, ¿en qué estaba pensando? Fue muy impactante para mí, por eso no estoy muy seguro de qué escribo. Sólo espero que sirva de algo.

VV.AA.: Entre muchos códigos que uno ve en tus novelas, nos llamó la atención la apelación a los fantasmas. Da la impresión de que les das dignidad a los personajes después de muertos. Por otro lado, también está presente el código religioso: personajes bíblicos que aparecen, familias atravesadas por lo religioso, también los epígrafes que utilizas...

P.V.: El aspecto religioso es clarísimo. Es una novela del norte y el norte no es católico, al contrario, está despojado de catolicismo. Muchos son protestantes, es un culto mayoritario. Para ello hay muchas razones: las migraciones de los ingleses —que eran protestantes— hacia las minas, por ejemplo. Yo mismo vengo de una familia protestante, ni siquiera sé persignarme. Pero, aunque no católicos, en el norte somos muy religiosos. Los narcos son profundamente religiosos, el crimen organizado está basado en ideas de la maldad, el bien, religión pura.

Respecto del tema de los muertos, tengo dos respuestas. La primera, es que para contar una historia sobre cosas que pasaron pero no vi ni viví, hay que narrarla a partir de los muertos. No hay manera de contar ciertas partes más que con la visión del muerto, son una herramienta narrativa. *El Reino de las moscas* comienza en una cantina con Liborio Labrada y su hermano Raúl, ambos muertos, sentados con el Cuco Ramírez. ¿Quién iba a contar la historia de éste, su degradación, sino a través de los otros dos? La segunda es que el mexicano tiene la muerte dentro de la cultura y la literatura: Juan Rulfo, José López Portillo y Rojas, Cipriano Campos Alatorre, Octavio Paz, entre otros.

VV.AA.: Para ti estas son historias de amor, a pesar de que le llamas “Trilogía del desencanto”. Y, efectivamente, la mayoría de las historias tiene un final trágico. ¿Por qué estas historias terminan así?

P.V.: Se puede terminar peor. Hay personajes que no la pasan tan mal, considerando que viven en una ciudad muy ruda. Cuando se voltea a mirar a Ciudad Juárez lo primero que aparece, como la cereza del pastel, es la violencia, sin embargo, la realidad es que abajo de eso, las mujeres aman, se casan, tienen hijos: hay vida.

VV.AA.: Respecto a la violencia, nos llama la atención la descripción explícita de ciertas escenas violentas en tus novelas, por ejemplo, cuando a Juanita la sumergen en ácido, la del joven torturado... ¿Nos podrías contar un poco respecto de este tema?

P.V.: Y me quedé corto... había mucha tentación de hacer cosas más rudas para demostrarlo. No como denuncia, pues yo soy periodista y puedo denunciar, sino porque tenía que estar escrito, ¿cómo no iba a

quedar escrito? Años después de que escribí historias como esas, aparecieron los pozoleros, gente que se dedicaba a disolver en ácido a personas, pero la historia del ácido y de los senos de la novela es un hecho real de los ochenta. Me hubiera gustado contar más de eso, pero ya hubiese hecho, de plano, una novela negra.

VV.AA.: Nosotros deducíamos que eres muy consciente de tus materiales y posiblemente hayas tenido un plan previo, una especie de cuaderno a lo Cortázar, para tu Trilogía. ¿Podrías contarnos algo más de eso para poder articular mejor tus novelas?

P.V.: Les voy a dejar un acertijo... si agarras toda la flor y la pones en otro plano, otra dimensión, agarras un personaje cualquiera de las historias y le das un destino distinto, ¿qué pasaría? Si el muchacho hubiese muerto o Flor a los diecisiete años se enamora de un hombre que la convence de que se vayan a Estados Unidos a vivir, cruza la frontera y, en lugar de morir en Juárez, empieza otra historia allá. ¿Qué pasa si dimensionas distinto una historia? No cierro la posibilidad de que continúe alguna de las historias.

VV.AA.: Esta imagen que tienes para armar el puzle parece bastante cinematográfica. ¿No te han llamado para hacer narcoseries?

P.V.: Por fortuna, no. Tampoco quisiera hacerlo. Hace poco me reuní con gente de una televisora que planeaba una serie. Sólo les pude dar un par de ideas, pero yo honestamente no participo en eso, porque lo banaliza, lo despojas completamente del valor literario y lo conviertes en un tema de mercado. Si quieren una historia para venderla, puedo hacerla, me las sé de memoria, me asomo en la esquina y hay una tragedia, es México.

VV.AA.: Respecto a esa postura ética ¿Sientes que tienes una responsabilidad como escritor o eso lo dejas únicamente para el periodismo?

P.V.: Hay una buena dosis de ética en lo que escribo. No puedes renunciar a lo que eres y lo que tienes. Parte de ti se desmorona y va quedando en los libros. Pero realmente en mis novelas, no hay una intención de denunciar ni de plantear ideas específicas sobre la moral. Utilizo para escribir, una tercera persona que no se mete, no emite juicios, más bien es “dijo, dijo”; estoy narrando, viendo, fotografiando, estoy despojando de cargas cuando escribo. Y eso es una herencia del periodista. Al final terminas dejando algo de ti ahí dentro, tú eres un tipo con ideas, moral y ética. Así estás construido y no hay forma de renunciar a eso, está dentro de tu literatura. No es deliberado, pero está.

VV.AA.: Cuéntanos acerca de tus proyectos ¿Tu nueva novela seguirá en el norte?

P.V.: Mi nueva novela mira hacia el sur, el sur de Estados Unidos y su geografía. Lo que intentaré reflejar es que hay un país del medio, fronterizo, con apaches, comanches, infinidad de grupos raciales que convivieron ahí y que, como los búfalos, no entienden de fronteras, como los lobos, suben y bajan por todas las llanuras norteamericanas y mexicanas de Chihuahua. Eso es lo que cuento en la siguiente novela.

VV.AA.: Si tú escribes de lo que ves y vives ¿qué experiencia tienes con el sur?

P.V.: Toda. En este momento mi familia vive en el sur gringo. Ellos tienen la vida hecha allá, en El Paso. La anterior generación fue y vino por la frontera, una frontera que más que porosa es diluida, donde los apegos se pierden una y otra vez, van y vienen. Solamente a los gringos se les ocurre que hay una división entre esos dos pueblos, pero no hay manera. Gerónimo luchó en las tierras de Oklahoma, bajó por las llanuras de Texas, se escondió en las llanuras de Chihuahua, corrió a caballo por Coahuila. Los apaches, comanches, mezcaleros son lo mismo. En el fondo, tenemos corazón de apache.

VV.AA.: Nos has hablado un poco del pasado y del presente, pero ¿cómo te imaginas el México del futuro?

P.V.: No tengo esperanzas. No creo que esto vaya a mejorar nunca. Si el progreso es que una minoría disfrute y el resto siga en la miseria, está cabrón. Hay gente que disfruta más cosas, trae celulares, va a Starbucks, pero en este mismo país, en este momento, hay gente que se muere de hambre. Quítale los porcentajes que deshumanizan y ve: cuarenta o cincuenta millones de pobres. Es mucha gente. Yo no tengo grandes esperanzas. Soy trágico porque lo que veo no me convence. Estados Unidos se está desmoronando, no lograron solucionar los problemas de la pobreza en el sur, donde hay comunidades que no tienen calles. Se está desinflando como la primera potencia del mundo, porque no terminaron de solucionar nada. ¿Por qué entonces yo tendría que pensar que ese es el camino correcto?

VV.AA.: ¿Y respecto a la violencia del narco?

P.V.: De eso hablo todo el día. Yo creo que hubo muchas advertencias a América Latina de que no se metiera en una bronca que no era de nuestro continente y no hizo caso y se metió, ahí están las consecuencias. Es la guerra de Estados Unidos que terminó impactando acá, porque el crimen organizado extendió ramas alimentado con el dinero gringo. Pues, ahora vamos a tener que ver cómo lo solucionamos porque hay mucho dinero y somos muy corruptos, todos. Gringos, mexicanos, panameños,

chilenos, peruanos, españoles, todos somos muy corruptos. Hay una corrupción brutal y sanear a estas sociedades va a ser una tarea muy difícil. El narcotráfico está metido más en el hueso de lo que pensamos, hizo metástasis en las sociedades.

En el caso de México, estalló esta guerra sin ideologías porque también estaba a punto de estallar una con ideologías. La democracia latinoamericana está llegando muy rápido a su decadencia; no logró resolver problemáticas fundamentales, por eso todos los sistemas democráticos en América Latina están empezando a caer en dudas. Según *The Economist*, si tú le preguntas a los latinoamericanos si estarían dispuestos a ceder algo de libertades o ceder democracia por tener seguridad, contestan que sí. Las democracias están cayendo en un descrédito brutal y es muy peligroso porque no hay otro sistema que nos garantice cierta equidad. La democracia política impulsada por Estados Unidos no vino con democracia económica, ni equidad. Los malos siempre ganan, los gobiernos siempre ganan. Tienen la televisión de su lado, tienen cómo apendejar a la gente y siempre los más pobres son los que pagan. Se levantaron en el narcotráfico, andan armados sin ideología, y se matan entre ellos.

No veo una solución, creo que incluso el dejar pasar no funciona, la historia de Ciudad Juárez: “acuerden entre ustedes, no más no se metan con la sociedad civil”, ya no, ya se meten con todos. No había que declararles una guerra, había que sanear los pueblos; no era dándole un patadón al avispero como te ibas a deshacer de él. Era llevarse a las familias y luego pegarle al avispero, no pegarle en medio de las familias. Ahí tienes las consecuencias, nos vamos todos picados. Es una tragedia que va a continuar, va a tener brotes en otros lados. Ahí estaba el anuncio en Ciudad Juárez hace veinte o treinta años y nadie le hizo caso.